

LUIS GARCIA OCHOA

O LA PASION CON MEDIDA

por Juan Ramírez de Lucas

A Luis García Ochoa se le está poniendo cara de Goya, de Francisco de Goya quiero decir, lo cual no es ningún mal parecido para un pintor. La misma calvicie frontal incipiente, las mismas anchas patillas canosas, la misma mirada escrutadora, y... la misma inicial sordera. Pero todo esto sería mínimo si el parecido no apuntase a otra dirección más transcendente: la misma pasión por la pintura, la misma entrega.

Pasión con medida, en Luis García Ochoa, pues García Ochoa pertenece a esa clase de pintores honestos, esenciales, sufridos, para los que el éxito no ha sido una empresa fácil, ni rápida, ni conseguido por medios extrapictóricos.

Tal vez por eso, por haber tenido que hurgar tanto en su propia personalidad, por haber tenido que pasar privaciones, renuncias a tentaciones fáciles en momentos difíciles, por haber tenido la paciencia de la insistencia consciente, Luis García Ochoa puede estar hoy situado en donde está: en un puesto muy honroso e interesante del arte español actual. Y cuando se habla de arte español actual ya se sabe lo que se quiere decir: un arte de lo más variado, personal hasta la anarquía, magistral de cuanto se hace en el mundo. Que es algo.

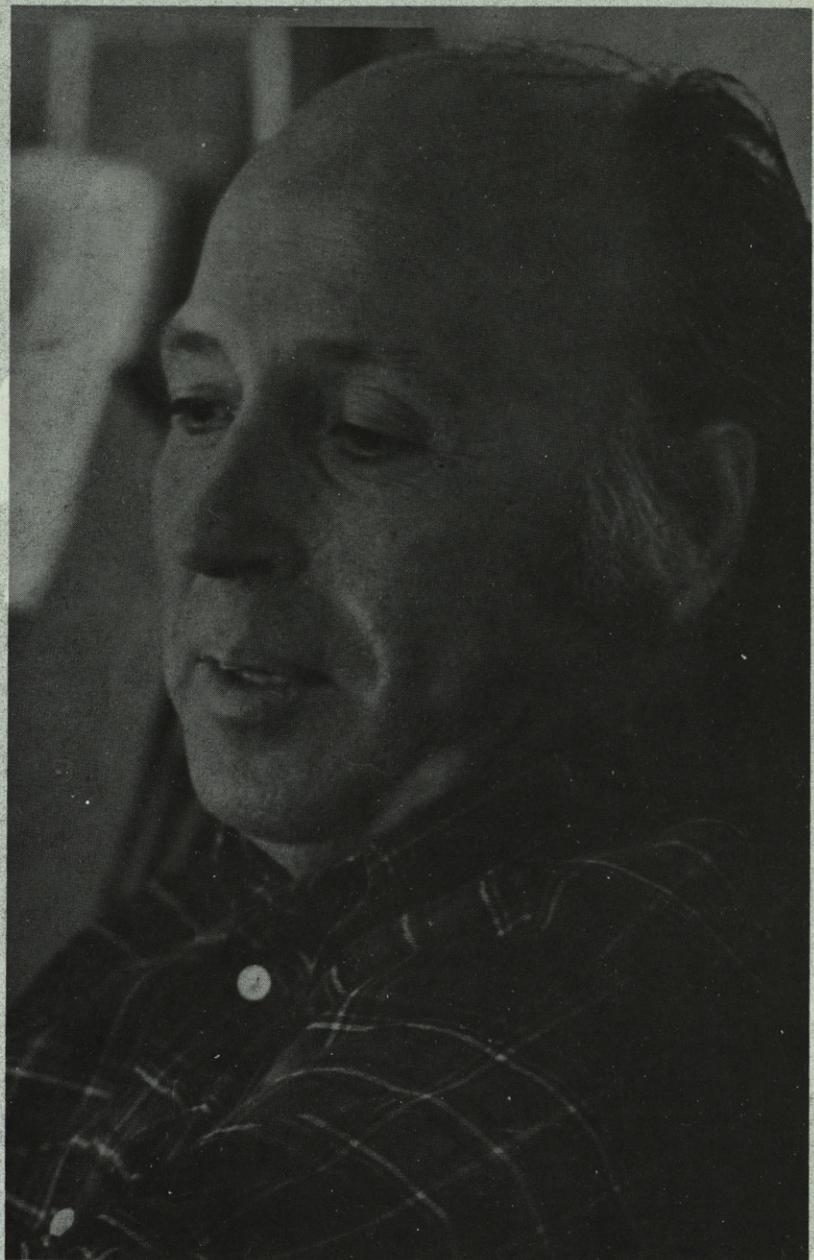
En algunos aspectos tecnológicos y sociológicos, nuestro país está aún dentro del subdesarrollo. En otros, en vías de desarrollo. En arte, España puede ser considerada entre las primeras potencias, a nivel de las que más. Por ello, destacar a un artista dentro de un panorama tan estimable ya supone un reconocimiento de la mayor valía.

Conocemos a Luis García Ochoa desde hace muchos años y siempre nos ha conmovido en él su pureza espiritual, su entrega total y absoluta a la pintura, a la que llegó, no sólo por vocación, sino por convicción.

—Mi padre era arquitecto. Arquitecto del Banco Zaragozano y en su estudio comencé a pintar mis primeras perspectivas a la acuarela, procedimiento en el que pronto tuve una gran soltura. Y como todo arquitecto, mi padre deseaba que yo lo fuese también, pero él mismo, sin proponérselo, me determinó el camino que yo emprendería después: al ponerme a pintar acuarelas en su estudio, dadas mis naturales condiciones para el dibujo, me inculcó el afán a la pintura del que nunca he podido desligarme.

Luis García Ochoa aprobó en la primera convocatoria el ingreso y el preparatorio de la Escuela de Arquitectura de Madrid.

—Pero, enseguida me di cuenta que, aún interesándome tanto la Arquitectura, no me interesaba su profesión. Su sistema de enseñanza, en primer lugar, y lo dejé. Recuerdo que mi padre, muy desolado, me dijo: "Y con lo que nos ha costado que ingreses..." tal vez se refiriese a las influencias de amistades que había tenido que mover. Yo ya sabía entonces lo que quería ser. Y también aprobé, a la primera convocatoria, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, pero de nuevo choqué con los procedimientos de enseñanza. En aquellos años todo era muy difícil...



Con vocación decidida y sin preparación completa, Luis García Ochoa empieza a caminar por el mundo intrincado de la pintura. A su favor tenía una enorme voluntad de ser pintor, lo cual quiere decir que se está dispuesto a pasar por toda clase de privaciones y sufrimientos para conseguirlo. Tal vez parezca injusto que así sea, pero el arte verdadero nace del dolor. No quiere ello decir que, forzosamente, todo artista para llegar a serlo tenga que pasar por la escuela vital de las privaciones, pero si ha estado en ella mucho mejor. Su obra se lo agradecerá, porque será forjada con un temple del mejor acero. Luis García Ochoa tuvo que acogerse a muchos otros trabajos para poder llevar a cabo su emotivo trabajo, el de la pintura. Reproducción de planos, realización de decorados cinematográficos, clases de pintura, lo que fuese, en tal de lo que fuese permitiera ser lo esencial: la pintura.



Y toda esa vida dentro de una medida, de una medida sin desmelenamientos, de una sobria contención. Bien ganada se tiene su posición actual Luis García Ochoa. Ahora recoge el fruto de una larguísima siembra, de un incesante trabajo con el mismo rigor de un campesino. Cuando tantos otros pintores tienen que transigir con lo que no les agrada para poder salir adelante, cuando tantos prostituyen su arte a sabiendas, Luis García Ochoa es un caso muy destacable de pureza. Jamás traicionó su honrado concepto, no estuvo a la gana de la moda, ni se enroló en posturas insíceras, ni se puso a calentarse al sol del momento. Luis García Ochoa fue, en toda circunstancia y ocasión, Luis García Ochoa. Esto, podrá parecer una perogrullada, pero

todo el que conozca un poco íntimamente el mundo del arte y sus entresijos sabe que se producen en él pocos casos de incombustible pureza.

—Llegaron los años de las vacas gordas del cine español, cuando los estudios Broston podían absorber a todos los pintores que a ellos llegasen. Yo también estuve allí una temporada, ganando muy fácil y abundante dinero, pero llegó un momento en el que me di cuenta que había que elegir: o seguir haciendo decorados, o seguir pintando mi pintura. No lo dudé, dejé el cine y todo su artificioso mundo precisamente cuando me habían llegado las propuestas más tentadoras.



Otro no lo hubiese hecho, otros no lo hicieron, y se arruinaron para siempre como pintores. Pintores estimables, que habían batallado por las tendencias más renovadoras, se hundieron para siempre en el olvido. Siguieron ganando dólares, pero se apagaron para siempre como artistas creadores. Luis García Ochoa supo ver el peligro que acechaba y se quedó sólo otra vez con su pintura, su amada pintura a la que todo lo sacrificó. La misma pintura que ahora le compensa de todo lo pasado: amada difícil que le sometió a toda clase de pruebas, tal vez para comprobar si su amor era verdadero, si se trataba de un sentimiento firme o sólo era una afición pasajera.

Luis García Ochoa nació en San Sebastián y en esa ciudad permaneció hasta los nueve años, edad en la que se trasladó a Madrid, en donde, desde entonces, ha residido. De su estancia en el país vasco

le quedó una vinculación constante al paisaje, un ensimismamiento ante la naturaleza a la que intenta plasmar desde su filtro interior. Paisaje animista en el que todo tiembla con un pálpito jugoso. Durante muchos años, Luis García Ochoa sólo ha pintado paisajes, ha estado inmerso en el paisaje. En sus primeros años de pintor, Luis García Ochoa conoce a Benjamín Palencia y a todos los que junto a él se agrupan formando la segunda Escuela de Vallecas, la que surgió al final de los años 40. Pero en realidad, Luis García Ochoa no perteneció a ella de una manera militante. Conocía a todos, admiraba a muchos, y de todos aprendió indirectamente. De este conocimiento le quedó la manera de interpretar el paisaje, desde el punto de vista de la expresión temperamental. A la que sí perteneció Luis García Ochoa fue a la Escuela de Madrid, el primero de los grupos importantes españoles que surgieron, precisamente, cuando más difícil era la vida española, más agria y más dura.



Me parece muy bien que los jóvenes, por el hecho de serlo, sean rebeldes. Pero cuando ahora he dado clases de pintura en la Escuela de Bellas Artes, a los últimos cursos de la carrera, y he comparado estos tiempos de hoy con nuestros años de aprendizaje, me doy cuenta lo duro que fue para nosotros conseguir lo que conseguimos. Ahora por todo se protesta, con razón o sin ninguna razón, el caso es protestar. Precisamente ahora, en que el joven estudiante lo tiene casi todo resuelto, al que le es fácil viajar por donde quiera, obtener becas, conocer directamente los principales museos del mundo...

Luis García Ochoa recuerda. Recuerda y compara. El magisterio

que hoy no lo pinta por el hecho de serlo, o lo pinta por el hecho de serlo. Pintores extranjeros, los pintores extranjeros que siempre han pintado bien las tendencias más avanzadas, se inclinaron hacia siempre en lo obvio, sin embargo suscrito quedó, pero se quedaron bien siempre como si fuese indudable de su pintura le llevó a ocupar, hace muy pocos años, una de las materias fundamentales para la formación del pintor. En la nueva Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en el campus de la Ciudad Universitaria, Luis García Ochoa ha sido Profesor contratado durante algunos cursos. Esta posición podría haberle llenado de orgullo y satisfacción a él, que por múltiples circunstancias no había podido terminar la carrera en el centro donde luego era profesor. Pero se vuelve a producir la misma circunstancia de cuando era decorador de cine, comprende que la noble profesión de la enseñanza le aleja de la razón fundamental de su vida: su propia obra. Y en consecuencia, deja su labor profesoral.

Integramente pintor, Luis García Ochoa no ha escuchado más voces que las de su propio interior y ha sabido romper a tiempo con todo lo que presentía le podría alejar de su pintura. Pintura de paisaje, en un principio, de figura más tarde, cuando el drama de la vida reclamó su lugar insoslayable en el lienzo. Pero drama narrado no a la manera de tragedia agresiva que prefieren otros expresionistas españoles, sino con la sorna con que se produce la narrativa circense. Todo está permitido, pero si se dice con una consciente socarronería la denuncia será más tolerable.

Los mismos colores incendiados y a veces arbitrarios que puso en el paisaje de la naturaleza, lleva Luis García Ochoa al paisaje de la

naturaleza humana. En el fondo es la misma cosa, el mismo problema, el mismo escenario, con actores o sin ellos. La misma actitud reverente, indagadora y poética.

—Considero que la poesía es la más difícil y la más completa de todas las artes. Yo no puedo vivir sin poesía, sin leerla cada día, sin grabarla en cintas magnetofónicas. Siempre ha sido la poesía la que me ha alentado, mi aliento de cada momento.

Se comprende. Y se comprende también de dónde brota la pintura tan conmovedoramente lírica de este pintor tan verdadero, tan realmente humano que es García Ochoa, el que sabe encontrar la medida de la pasión.

